

ALBERTO FREIXAS

CLEMENTE RICCI
UN EJEMPLO Y UN MAESTRO

Conferencia en el salón de Actos
del Colegio Militar de la Nación,
leída el 1º de junio de 1957.



PLANTIE

TALLERES GRAFICOS SOCIEDAD ANONIMA

RIVADAVIA 1265

BUENOS AIRES

1957

ALBERTO FREIXAS

CLEMENTE RICCI

UN EJEMPLO Y UN MAESTRO

Conferencia en el salón de Actos
del Colegio Militar de la Nación,
leída el 1º de junio de 1957.

★

PLANTIÉ

TALLERES GRAFICOS SOCIEDAD ANONIMA
RIVADAVIA 1265
BUENOS AIRES
1957

BIBLIOTECA NACIONAL
DE BUENOS AIRES

Voy a haceros un relato que es la evocación de muchas horas de singular dulzura pasadas al lado de un gran maestro, de aquellos pocos merecedores del nombre, que debe designar, no al que dice y repite, sino al del poder de atracción como para apoderarse del espíritu de quien espera en él e infundirle verdadero entusiasmo, por un ideal, por un credo, por una actividad superior. Así lo hicieron los grandes maestros del pensamiento en la lejana Atenas de los días en que la diosa tutelar se alzaba sobre la sagrada colina, con su casco brillador y su lanza recta para señalar el camino del retorno a los errantes en el mar profundo y para recibir de lejos la mirada del labrador inclinado sobre su arado cuando la levantaba para disipar un poco la fatiga y sentir a esa guerrera casta como en permanente vigilancia del fruto de su esfuerzo.

Clemente Ricci fué exactamente aquello que puede definirse con la palabra maestro y hoy, cuando han pasado tantos años, todos los que lo siguieron en los primeros o en los últimos días de su enseñanza, conservan un recuerdo emocionado de su recia figura, primero con los trazos de una estatua cuando el mazo que cae sobre el escoplo no ha pulido aún los rasgos, más tarde cuando su voz parecía una caja sonora que estalla y su rostro

todo se animaba de un gran fuego interno, y al final, cuando una gran paz había abatido todas las inquietudes, su frente amplia atraía como si fuera toda luz y sus ojos miraban bondadosos, llenos de distancia y reflejos de interior.

Y uno de aquellos, de los tiempos iniciales, es quien hoy os habla de él y no tiene bastante fuerza expresiva como para reflejar, a pesar de la larga distancia recorrida en el camino de la vida, ese sentir interno que es una gran presencia, la de alguien que no se ha ido; porque siempre, al decir “mi maestro” doy al posesivo el amplio sentido de reconocimiento, de amor, gratitud y veneración hacia quien me reveló el amplio horizonte de la actividad de los hombres que nos antecedieron, de las sombras, de los muertos, de todo lo que constituye la estructura mental y la sutileza de las reacciones espirituales. Digo “mi maestro” como decía “mi padre” en los días insustituibles de la caricia o la reprimenda, en todos los del ejemplo, la perseverancia y el trabajo.

He pasado mis mejores años en la Facultad de Filosofía y Letras, como alumno, como egresado colaborando en las tareas de sus seminarios, como profesor adjunto adiestrándome bajo la vigilancia severa del que supo encender en mi alma una vocación, como profesor titular cuidando de no apartarme del sendero áspero de la investigación ardorosa y del deber de la permanente comunicación con los que me seguían y de mí esperaban algo más de lo que está en la letra apretada de los tratados magistrales, una luz, un llamado interior que define. Y siempre y, aun hoy, que he traspasado el puerto de la montaña inexo-

rable y me voy acercando a las profundidades hacia donde algún día ha de surgir el sol, siento como si todo lo anterior y lo actual estuviera destinado al examen severo y justo de mi maestro. Estos años, esta parte central de la vida, se los debo a él y por ello los he mencionado; si he conseguido algo, basta para mi confortación la dulzura interna que a veces nos gana como un llorar que no alcanzara a surgir y se parece a la alegría permanente de la infancia.

Un día, en el viejo edificio de la calle Viamonte, que era entonces silencioso y recoleto, llegué al aula donde Clemente Ricci hablaba. Nunca le había visto antes ni tenía noticia del nuevo profesor; pero decía cosas tan diferentes de las oídas hasta entonces, era tal el poder atractivo de su voz y ademán, que enseguida sentí que algo me ligaba a ese hombre cuyo nombre ni siquiera conocía. No me di cuenta en el momento del por qué, que es sencillo. Cuando se dice la verdad, cuando la anima una convicción profunda, cuando se es un hombre de bien en cuya alma no puede haber retorcidos laberintos, no hacen falta prolijas explicaciones para dar razón de algo, ya que casi hasta huelgan las palabras si una mirada o el esbozo de una sonrisa bastan para comunicarse. Y así, como hablaba de viejos códices que tanto amó y del texto griego del Nuevo Testamento, despertó mi interés por conocerlo, a pesar de estar apenas iniciándome entonces en el conocimiento de esa lengua. Cuando terminó, me acerqué a él para preguntarle dónde podía adquirir un ejemplar y me lo indicó con satisfacción y bondad: porque siempre su esfuerzo tendía a despertar en su oyente

esa misma veneración hacia el pasado occidental que en él era una formación íntima. He relatado lo antecedente, que me toca tan hondo, porque ese instante, ese hecho de menuda incidencia corriente, vino a decidir el destino de mi vida.

Clemente Ricci era hombre de reacciones violentas ante la injusticia o la falsía; entonces volcaba en páginas de encendida indignación toda una réplica ardiente, llena del vigor y eficacia que nunca da el apresto. Y terminada esta tarea, como si fuera un atlante que necesitara arrancar rocas para apaciguar el ardor de los músculos que no han podido actuar, se sentaba ante un harmonio que tenía en su cuarto de trabajo; y durante horas, físicamente se apaciguaba tocando una misa de Bach o una sinfonía de Beethoven, en medio de sus libros que cubrían las cuatro paredes, cerca de una ventana abierta sobre el jardín que proporcionaba la ilusión de un gran apartamiento de la vida de ciudad. Y después, cansado, caía de nuevo en la meditación de sus lecturas y en la evocación del pasado. Dramática expresión era la suya al explicar y nunca olvidaré la vez que hablaba de la potencia de una legión romana de la República, de las conquistadoras del mundo, esa fuerza que emana de un conjunto de hombres que la ejercitación y la disciplina aunó. Iban a la guerra en ultramar, a regiones remotas donde, tras las montañas que se cubren de nieve, están los ríos fabulosos y más allá las arenas interminables donde acecha la muerte. Sonaban las trompas guerreras y en la larga columna, las insignias desplegadas eran el preanuncio de la gloria. Porque aquellos hombres creían ligado su des-

tino al auge incontenible de su ciudad; eran potentes, los dioses habían de acompañarles en el camino porque se habían cumplido los ritos. Entonces, un águila sobrevoló sobre ellos, bajó casi a rasar sus cascos de bronce y en suave remontarse se adelantó a la columna como enseñando el camino hacia el horizonte. Era el anuncio de lo alto que dió a cada hombre la convicción de la victoria próxima. Este ejemplo, con toda su fuerza descriptiva, servía para demostrar el valor de un signo en tiempos en que se observaban ansiosamente por si fueran una manifestación del destino.

“Estudí Filosofía Clásica y Ciencia de la Antigüedad en Cremona, cátedra del profesor Angel Betanzi”. Esta breve mención que puso en su legajo personal de la Facultad de Filosofía y Letras, lo refleja mejor que una detallada semblanza. Es el hombre desapegado a la postura arrogante, a la vanidad y a la pompa, para quien la más ilustre escuela del mundo y el más augusto apelativo pueden ser un índice, una muestra de saber, pero nunca el saber mismo.

Tenía ruda franqueza, proveniente tal vez de esa mezcla extraña de las ramas familiares, la dura estirpe del Piamonte y la tozuda del lejano tronco de Vasconia por virtud de la migración de los vencidos, pero no reducidos, en la guerra carlista. Sentía en el fondo del alma y en todas sus fibras el sabor de lo latino, claro en las palabras que alguna vez repetía con fruición, las del recuerdo infantil de la antigua fuente, donde según tradición habían abrevado los elefantes de Aníbal el púnico, al descolgarse de las montañas.

Había nacido en Casteggio, Pavía, el 28 de abril de 1873. Cuando hubo terminado los estudios clásicos en Cremona, pasó al Instituto de Ciencias históricas y sociales, recién fundado en Milán bajo la dirección de César Cantú. Alguna vez rememoraba aquella época de trabajo juvenil, cuando a la par que preparaba su carrera de bibliotecario, colaboraba en la revisión de la gran obra histórica del maestro. Entonces debió familiarizarse con el mundo arábigo y frente al pensamiento oriental, se sintió torturado, extraño, lejano; porque su tesitura de hombre del Mediterráneo cristiano era demasiado recia para poder penetrar lo sutil y alegórico de aquella raza soledada. Allí, en Milán, completó sus ya sólidos conocimientos musicales, afición que le acompañó hasta sus últimos días.

Hay una página sobre Clemente Ricci, que David Peña escribió en 1912, digna siempre de recordación. Dice que al lado de Cantú adquirió “el amor al documento y la convicción de que sólo el documento hace la historia”. Fué su prédica constante a los jóvenes que seguían su enseñanza el llenarlos del convencimiento de que el trabajo paciente y honesto sobre las fuentes es el fundamento donde debe descansar la construcción histórica. No podía comprender el abandono de las lenguas y cultura clásicas, no sólo indispensables para la pulcra labor cuando se estudia o enseña la múltiple civilización occidental, sino también para la formación bien centrada de la mente y la desnuda elegancia del lenguaje. Lo amargaban las improvisaciones de los ignaros y las falsedades de los presurosos impúdicos; quería

para ennoblecer la vida algo como la solemne majestad de un verso latino.

Dice David Peña en otra parte de su artículo: “De aquel Instituto sacaba el gran Cantú jóvenes colaboradores que le preparaban y le traducían, depurándole y arreglándole, el material documentario que él necesitaba. Bajo la guía única de ese único verdadero historiador de su época, se preparaban los trabajos de aliento. Al señor Ricci se le encuentra siempre en el número de los mejores colaboradores del eminente maestro. Desgraciadamente, la vida del Instituto fué corta. Cantú, sumamente anciano “vecchissimo”, como solía decir él, no pudo dispensarle sus solícitos cuidados; el apoyo del gobierno llegó a faltarle y entonces se clausuró. Fué por esa circunstancia y en esa época que el señor Ricci resolvió trasladarse a este país, con veinte años de edad y una fuerte disciplina intelectual, no obstante”.

Se embarcó en el Havre, después de corta permanencia en Francia, en el último viaje del vapor “Don Pedro”. Un día, joven y lleno de ilusiones, se encontró en la plaza de Mayo, cerca de la Pirámide en su emplazamiento original. No sospechaba al contemplar con extrañeza y simpatía la Casa Rosada, la vieja fuente y el edificio del Congreso Nacional, que la sala de sesiones de los diputados había de ser alguna vez el sitio en que revisó, como jefe de división del Archivo General de la Nación, tantos documentos de la época colonial.

Recordaba con veneración haber podido estar cerca de aquellos hombres nuestros de fines del siglo pasado y les reconocía grandeza y señorío aunque fueran populares; y, por ello,

esperaba que algún día habían de renovarse en esta patria que había elegido por suya y a la que se ligó fuertemente, como quien ahondara más las raíces para que no pudieran arrancarlo en un nuevo trasplante. Después se dedicó a la enseñanza y al gran tema que fué la pasión de su vida, el estudio del texto neotestamentario. Como ejemplo, puede decirse que durante más de veinte años, desde julio de 1917 hasta noviembre de 1938, publicó mensualmente "Notas filológicas al Nuevo Testamento", sin faltar una sola vez. Esta pasión derivó con los años hacia lo religioso, que fué su vocación constante hasta los últimos días.

Pero lo que tuvo gravitación especial en su destino fué la aparición de su obra "Historia de Europa y la segunda Roma", que lleva como subtítulo "La significación histórica del Cristianismo". Nunca se había hecho entre nosotros un esfuerzo semejante. La edición es de 1909 y correspondía a una proyectada obra mucho mayor, que desgraciadamente no llegó a componer.

En su hora, Carlos Octavio Bunge relató la sorpresa que le había causado verla en el escaparate de una librería, pues en nuestro ambiente era una verdadera y curiosa novedad. "Lo conceptuoso del estilo y la prolijidad de la información hacían pensar en algún profesor europeo, de esos que, después de largos años de ardua labor de cátedra y bufete, lanzan a la publicidad grandes obras fundamentales de la moderna literatura científica y sociológica".

En 1921, por decreto del Poder Ejecutivo, Clemente Ricci fué nombrado profesor titular

en la Facultad de Filosofía y Letras. Y desde aquel primer curso que desarrolló sobre "Los dos Estuardos", su trayectoria siguió dentro del ámbito de esa casa de estudios con un acendrado amor que le hacía buscar siempre, más que el auditorio curioso o deferente, el alma en la que infundir un soplo de la belleza eterna que sentía en el conocimiento del pasado. Y así año tras año fué realizando su labor, incansable, buscando despertar en los jóvenes el amor a la antigüedad clásica. En más de una ocasión dijo que estos estudios eran para espíritus selectos, para los que sentían la atracción de lo arcano y estaban dispuestos a dedicarse con toda el alma a una dura disciplina sin aspirar a los honores, sin esperar el aplauso público; porque trabajar en uno de los aspectos de la cultura era contribuir a la elevación general; que no se pensara en encontrar otra satisfacción que la de haber hecho el bien; y que acaso, alguna vez, se tendría la sorpresa confortante de que todo aquello con aspecto de haber rodado en el silencio sin eco, había sido apreciado por otros espíritus selectos, los que observan y saben estimar la labor honesta y sincera.

Tres hechos esenciales deben asentarse en su paso por la Facultad: la fundamentación de la enseñanza de la historia clásica en base a la investigación auténtica, la iniciación del estudio de la Historia de las Religiones y la creación del "Gabinete de Historia de la Civilización", hoy Instituto de Historia Antigua y Medieval, donde por espacio de un cuarto de siglo fué atesorando colecciones, fotocopias e incunables, conjunto difícil de igualar en América latina.

Un día me tocó reemplazarlo como profesor titular en su cátedra y la primera vez llenó mi ánimo un pesado conjunto de responsabilidad y tristeza, porque ambas cosas sentía. No era nuevo que me dirigiera a su auditorio porque venía colaborando con él con toda intensidad; era nuevo que yo me sintiera investido de la máxima autoridad y que en adelante, en vez de pedir consejo y ayuda, otros habían de llegar a mí en su demanda. Ya habeis de encontraros en la situación, pero lealmente os digo mi impresión de entonces, la de desamparo, la de sentirse como en la cima aguda de un pico rodeado de silencio y frío. Pero el recuerdo de las palabras del maestro hizo retomar su tono al alma, para iniciar una labor que no era sino una continuación.

En virtud de este patrocinio interno comenzó el desfile de recuerdos de nuestro mundo de occidente, armado en la sólida tramazón del método y la investigación. Es el paso de sombras borradas en la lejanía del tiempo, las de aquellos bárbaros magníficos perdidos en los milenios sin historia, que un día salieron del solar natal, se perdieron en la selva y olvidaron la onda marina y la extensa visión del horizonte, símbolos de infinito. Pero volvieron a andar, pujantes y fueron buscando en regiones diversas el camino del sud, el camino del sol. Admirados se encontraron con el mar, cuyo nombre habían olvidado y que había de ser más tarde el ancho camino reconocido como suyo. Eran griegos, se asentaron en todas partes, en la península, en las islas. Fueron los señores del bronce, por sus largas espadas, lucientes escudos, empenachados cascos, labrados puñales. Ellos construyeron las pode-

rosas fortalezas de Tirinto y de Micenas, crearon una potencia naval, se hicieron ricos en oro, construyeron largos caminos. Un día misterioso cayeron sobre Creta ignota, para destruir y rehacer en las ruinas. Pero su más grande empresa fué cuando los reinos aqueos unidos surcaron el Egeo hasta la desembocadura del Ponto para poner sitio a la Ilion poderosa. Largos y pesados años necesitaron para vencerla, destruirla, incendiarla; hubo tumulto, sangre e intervención divina; mas no pudieron borrar su recuerdo, ya que el canto de la hazaña se virtió en armonía imperecedera. La vuelta a sus dominios fué el comienzo de una decadencia sin remedio.

Llegaron los hombres que poseían el secreto del hierro y sus armas invencibles vencieron y se instalaron sobre las ruinas del incendio y de la muerte. Perecieron Tirinto y Micenas, la poderosa Orcómenos, Argos y tantas otras obras magníficas. Mas algunos pudieron abandonar a tiempo los valles amados y las sagradas acrópolis; tomaron el camino del mar para instalarse en el borde de la costa asiática. Allí, añorando siempre la perdida patria, salvaron su civilización y florecieron prósperos. Allí surgió el poeta errante que en versos inmortales relató la última hazaña de la raza, la gloria de los grandes señores y más tarde, la aventura del retorno. Homero, la *Ilíada*, la *Odisea*, tres nombres que la tradición ha vinculado, un cantor, dos cantos, acompañaron desde aquellos días a los hombres de occidente, se perdieron en tiempos de sombra, y recobrados, son para un cultor de hoy la fuente permanente de deleite y olvido, si hay alegría en el corazón y también si el corazón está triste. En aquella

costa olvidada surge con amplitud mayor todo lo que el genio de la raza podía dar cuando los ecos lejanos de Oriente impulsaron sus potencias secretas; la contemplación de infinito enseñó el equilibrio, el arte de bien pensar y el amor a la ciencia, la filosofía. Todo lo que después conformó el pensamiento, de allí proviene como raíz primigenia, aunque hayan rodado los siglos, aunque la tierra se haya estremecido, a pesar del pavor, de la sangre, de la desolación.

Esa civilización fina que se había prendido en la costa al otro lado del Egeo, en la orla dentellada de la Eolia y de la Jonia, retornó al sitio de partida, para hacerse más exquisita, más pura y producir su floración potente en las islas y la península. Sicilia, la Élide, el Ática, se poblaron de dioses y de templos; dieron muestra de cuánto los hombres pueden si conviven en paz; y Atenas, la única, la insuperada, lo que es el equilibrio de la mente humana infundida de belleza y justicia, como nunca más se ha dado. Y aún hoy, cuando se navega en el mar griego, liso como zafiro pulido, bajo el celeste de la bóveda, a veces, al doblar el extremo de un cabo, se descubre en lo alto una simple columna blanca, apenas capitel, fuste y base, elevada, desnuda, como estremecida de luz. Es lo que queda de un templo donde antes se conocieron los sacrificios y el sagrado asilo. Es como su estela funeraria o como el signo gigante de un lenguaje misterioso que se fuera trasmitiendo por el aire hacia otros signos pares que están más lejos, hasta el extremo del Ponto, y que quedan vibrando unísonos como un canto a la gloria de un pasado que no es muerte, sino permanente

vida; porque nos hace sentirnos dentro de su forma, de su impulso; porque sabemos que nuestra condición de hombres libres, por el pensamiento y el cuerpo, está allí, pegada al mármol, pegada al recuerdo.

La floración artística y espiritual del siglo V en Grecia parece concentrada en Atenas, cuya Acrópolis fué el centro irradiador de la belleza, la armonía y el equilibrio; sus mármoles, caídos o levantados parecen conservar todavía los ecos repetidos de las procesiones al templo de la diosa, con la ofrenda bordada por los dedos juveniles para la estatua de oro y marfil. Junto con ello, aquellos espectáculos sin par, al pie de la colina moldeada en anfiteatro, donde se repitieron para siempre inmortales los versos de los grandes trágicos. Y más que nada, lo nuevo, lo único, como no se volvió a ver jamás, la multitud toda congregada en la gradería abierta, con vista al lejano azul de la costa de Falera, para escuchar la oración profunda y elegante de aquellos conductores de hombres, capaces de ser guías con intención de elevación creciente.

Siglos después el sector romano, con el dominio del mundo, con la herencia griega recogida en la conquista, presenta, junto con el son de las trompetas en un ascenso al Capitolio después de la victoria, la adopción de todo lo digno de la vida civilizada. Sus huellas han quedado pegadas a la tierra en todo el vasto contorno del Mediterráneo, en las rectas vías, en los puentes audaces, en los arcos triunfales, en los acueductos impresionantes, en las ruinas de templos y termas; y más que en nada, en las lápidas inscriptas que el azar

ha ido devolviendo y dicen la maravillosa historia de un pueblo organizado y grande.

Cuando todo aquello se quebró bajo el impulso bárbaro y renovador, fué tal el atractivo de una vida superior y ordenada, que la herencia de la estirpe recibió amplia acogida en aquellos pueblos nuevos, que no hacían sino reencontrar la obra inigualable de sus hermanos. Pero fué necesaria una larga pausa, con claridades y sombras, para preparar la gran transformación del mundo con el surgir de las nacionalidades. Son los siglos de paz en los conventos amurallados, los de los chantres, miniadores e iluminadores, cuando se alzan las catedrales de piedra; son los siglos de la desesperanza, la peste, el terror de la muerte; pero también los de los señores de las justas, de los juglares, festines y del mal de amor; de las luchas tremendas y la Escolástica.

En el extremo oriental de Europa, un último baluarte cristiano ha resistido durante siglos a los ataques enemigos, a la descomposición interna. Es Bizancio con su magna iglesia de la Divina Sabiduría, su señorío del mar por el fuego griego, sus interminables discusiones teológicas; hay altos prelados que parten con escolta luciente con el halcón sobre el guantelete y ascetas que se consumen en vigili-
as interminables; princesas y emperatrices soberbias en permanente intriga y al mismo tiempo con empaque soberano ante el peligro y la muerte; todas las contradicciones en el cruce de dos mundos, pero una infinita grandeza que se fué en el oro de sus íconos y mosaicos, en el fasto de sus desfiles triunfales, en la pompa de sus recepciones donde impera el más meticuloso ceremonial. Y con el tronar de los

primeros cañones se extinguió para siempre el reino más fabuloso, el del más exquisito refinamiento en el lujo y la tortura.

Todas estas cosas y muchas más fueron los temas de largos años de labor, siguiendo sin descuido la enseñanza impuesta, de investigar, de ir a la raíz misma de los hechos, de interpretarlos; pero siempre con gran amor a ese pasado lejano y presente, porque nunca deja de estar en nuestra mente de hombres occidentales, la antigua raíz que nos liga a aquellos que nos dieron la línea recta en el filo de la arista pura, la caricia de luz en el desnudo de sus estatuas, el modelo de la palabra ajustada en las oraciones y en el verso, la precisión asombrosa en la expresión filosófica y, en fin, la claridad del pensamiento, la más preciosa herencia que jamás algún pueblo dejó.

Una tarde de verano, lleno de rememoranzas, me acerqué a una pequeña chacra que Clemente Ricci poseía no muy lejos de aquí. Al final de un camino cubierto por espesas trepadoras estaba él con atuendo campesino semejante a algún romano de antigua estirpe cuando después de la gloria volvía a la tierra y se hundía en ella, sintiendo cómo era madre fecunda que no traiciona. ¡Fueron horas de deliciosa emoción, un poblado desfile de tantas y tantas cosas del pasado! Conservaba exacta la memoria, era el mismo de tantos días en la cátedra; ahora la mirada era menos viva, más serena; pero un punto brillador, algo juguetón, continuaba apareciendo en ella. Al oscurecer se esfumaron las formas; la voz sonaba algo apagada, pero precisa siempre. Al partir,

quedó en el extremo del camino, entre los troncos, recio. Fué la última vez que le ví.

Si os he traído hoy este ejemplo, jóvenes que me escucháis y teneis en vuestra severa disciplina el sentido de lo humano y lo justo, es para comunicaros lo que en mí dejó. Ved mi aspecto, ya el invierno ha caído sobre mi cabeza y mis hombros, no sobre mi corazón. Y con él intacto, os diré la verdad recogida del ejemplo de un gran maestro, Clemente Ricci, y la experimentada por mí hasta este punto de la vida, en que, como antes os dije, es el del descenso sin remedio y de la esperanza del sol.

El trabajo de la crítica textual, entre otros, habitúa a considerar las palabras de los hombres, escritas o no, como algo que debe ser sometido a análisis. Cuando se abusa de los epítetos, cuando al superlativo todavía es necesario agregarle una muletilla, cuando palabras sagradas como patria, amor al prójimo, fe en el porvenir, Dios, parecen repertorio de relegadas antiguallas; cuando todo eso es reemplazado por conceptos tan técnicos que a fuer de técnicos están vacíos; cuando a la formación esencial de nuestra estirpe de occidente, la familia, se opone un conglomerado sacado del campo insectil; cuando parece que es adorar a un dios el negarlo todo y unirse en un horrible conjunto de descorazonados físicos y anímicos, cuyo lazo es la avidez, la envidia y el odio; entonces pensad que ese trabajo de análisis, esa crítica de veracidad y sinceridad, deben venir a la mente antes de aceptar lo que se titulan grandes principios y más altas finalidades. Yo no os pido que practiquéis algo que no sea próximo a vuestra habitual activi-

dad, sino, precisamente, lo contrario, que os deis en cuerpo y alma a ella, para enaltecerla y ser los verdaderos guardianes de las instituciones, para que la libertad y la justicia no sean dos hermanas desavenidas; pero os pido, además, que reflexioneis cuando oigais palabras altisonantes, promesas demasiado concretas, acusaciones vagas, reproches generalizados, declaraciones de pureza incontrolables, todo aquello que la oratoria falaz de todos los tiempos ha brindado en perfecto aderezo a los pueblos para sojuzgarlos. Y si hoy os he recordado a mi maestro, a Clemente Ricci, es porque creo que nada mejor puedo ofrecer a la juventud pujante y promisoro que sois, que este ejemplo de dedicación, estudio, paciencia; cumplo así con un íntimo impulso de honrar la memoria de quien tanto hizo por la difusión de la cultura clásica en nuestro país; desecharlo hubiera sido incurrir en aquel terrible pecado que los griegos denominaban impiedad y era una falta hacia lo sagrado, los padres y la patria.